

### CAPÍTULO XXI.

*Que la amada santa Isabel recibió los huesos de su muy amado esposo; y de como se les dió sepultura en Reinhartsbrunn.*

Benedicti vos á Domino, qui fecistis misericordiam hanc cum domino vestro Saul, et sepelistis eum.

(II Reg. II, 5).

Requiem tibi dabit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam, et ossa tua liberabit.

(Isai. LVIII, 11).

Apenas habia Isabel regresado á Bottens-  
tein, recibió un mensaje del Obispo para  
que fuera á verle á Bamberg, con el fin de  
que recibiera los restos de su marido que  
traian los caballeros de Turingia al volver  
de la cruzada. En efecto; segun ya vimos,  
los compañeros del duque Luis le habian  
dado sepultura en Otranto, y luego conti-  
nuaron su viaje á la Siria á fin de cumplir  
su voto: los que de ellos pudieron entrar  
en la misma Jerusalem, hicieron donativos  
y oraciones á intencion del difunto<sup>1</sup>, se-

<sup>1</sup> Hay historiadores que adelantan hasta decir que allí se celebró su fiesta, por haberse revelado

gun él al morir les habia suplicado lo hicieran. Al volver de su peregrinacion, pasaron por Otranto para desenterrar y llevarse consigo los despojos de su Soberano. Notaron al sacarlos de la sepultura, que estaban blancos como la misma nieve, lo cual en aquel tiempo se interpretaba como señal cierta de haber guardado el muerto inviolable fidelidad á la esposa<sup>1</sup>; y luego, depositándolos en un rico ataud, los colocaron sobre un caballo y se pusieron en marcha. En señal de su piedad, y del afecto tambien para con el difunto Soberano, llevaban los caballeros delante del féretro alzada una gran cruz adornada de pedrería: en los pueblos donde hacian alto, el féretro era depositado en la iglesia, en la cual velaban monjes ó personas piadosas, toda la noche, cantando el oficio de difuntos y otras oraciones; y al partir de mañana, nunca dejaban de hacer celebrar una misa, y depositar su ofrenda correspondiente á su santidad con muchos milagros. (Kesa, *Chron. Mss. cit.*).

<sup>1</sup> Hicieron hervir el cuerpo para separar la carne de los huesos. Bonifacio VIII prohibió para en adelante esta costumbre, salvo en el caso de que el muerto lo hubiese sido en tierra de infieles. (Signius, *de Reliquiis*).

diente. Cuando la iglesia era catedral ó conventual, ó casi de la misma clase, á la misa y ofrenda añadian el regalar el paño de púrpura que cubria el ataúd, para que su importe fuera aplicado por el alma del difunto. Nunca exequias tan solemnes habian visto los nacidos.

De esta manera atravesaron toda la Italia y la Alemania meridional. Ya cerca de Bamberg, mandaron aviso de su llegada al Obispo, y éste sin perder tiempo envió á buscar, como dijimos, á la Duquesa; tomando al mismo tiempo las disposiciones convenientes á fin de que los señores todos y dignatarios se preparasen á recibirla con benévola simpatía, y á estar solícitos al lado suyo durante la triste ceremonia del día siguiente, por temor de que las fuerzas no la abandonasen. Además él mismo acompañado del clero, de los monjes de los diferentes monasterios de la ciudad, de los niños de las escuelas y una inmensa multitud de pueblo que unia sus voces al fúnebre cántico de los sacerdotes y al tañido de todas las campanas de la ciudad episcopal, se adelantó á recibir el cuerpo; el cual en medio de la lucida comitiva, reforzada con muchos condes y señores del contorno

que se habian agregado á ella, fue conducido hasta la célebre catedral en que reposaban los cuerpos sagrados del santo emperador Enrique y de santa Cunegundis <sup>1</sup>. Durante toda la noche se celebró el oficio de difuntos.

Al siguiente dia Isabel, siempre acompañada de sus fieles Isentrudis y Guta, fué á ver aquellos restos queridos; á cuyo fin le abrieron el ataúd que los contenia, para que mejor contemplase los despojos del esposo amado. Lo que allí pasó entonces, dice un piadoso narrador de esta escena, lo que aquel corazon sufrió entonces á impulsos del amor y del dolor, solamente lo sabe aquel que lee en los corazones de todos los hijos de los hombres. Volvió á desgarrarse el alma con la afliccion que tuvo en los momentos de noticiarle la muerte del

<sup>1</sup> Todavía existe esta catedral, y recientemente ha sido restaurada y restituida á su primitiva belleza por el celo del rey Luis de Baviera, quien ha hecho quitar de ella todos los altares, adornos y demás cosas del gusto y estilo clásico, reemplazándolas donde hubo necesidad de ello con obras de la nueva escuela católica. De esta reforma resultó un monumento que no tiene igual en Europa en lo puro y completo de la arquitectura romana, ó segun los alemanes, bizantina.

esposo ; lanzándose sobre aquellos huesos los besó mil veces llena de arrebatos, llorando con tal desconsuelo, devorada por tan cruel agitación, que el Obispo y los señores, testigos de aquella escena dolorosa, se acercaron á calmarla y tratar de apartarla de aquel sitio. Mas ella, acordándose de Dios, se sintió al punto revestida de todo su valor: «Gracias os doy, Señor, dijo, de que os hayais dignado oír á vuestra sierva y concederle lo que tanto deseaba; el favor de contemplar los restos de mi amado esposo, á quien Vos amásteis también. Gracias, Señor, que así quisisteis derramar misericordiosamente vuestros consuelos sobre mi alma afligida y desolada. Él se ofreció á sí mismo para la defensa de vuestra Tierra Santa, y yo también le ofrecí á Vos, con el propio objeto, y aunque le amaba con toda mi alma, no estoy arrepentida del sacrificio que le costó la vida. Vos sabéis, Dios mio, cómo le amaba yo! Vos sabéis cuánto amaba yo aquel esposo que á Vos amaba tanto, y cómo prefiriera yo á todas las alegrías del mundo juntas el holgarme con la vista de aquel esposo, tan delicioso para mí si á Vos pluguiera el conservármela: Vos sa-

«beis que por vivir con él fuera yo gustosa  
«en pasar la vida juntos en la miseria, pobres ambos y corriendo el mundo para  
«mendigar nuestro pan de puerta en puerta solo por tener la dicha de estar á su  
«lado, si así lo hubiérais querido, ¡oh Dios mio! Ahora ya le dejo, y á mi misma también me dejo y entrego á vuestra voluntad santa; y no quisiera, aunque fuese dueña de hacerlo, rescatar su vida á costa de uno solo de mis cabellos, á menos que así lo quisiésteis Vos, Dios mio !» Este fue el postrer grito de la naturaleza vencida; el último suspiro lanzado á impulsos de afectos terrenos espirantes en aquel corazón de veinte años, bajo el yugo del amor del cielo.

Dichas estas palabras, enjugóse el llanto

‘ Sire, je te rends graces de ce que j'ay esté à recevoir les os de mon douz homme, etc. (*Juan Le-fevre*). — Gratias tibi ago, Domine, quod ancillae tuae, ingens quod habui desiderium in aspectu ossium dilecti mei *virii dilecti tui*, adimplere... Ipsum tibi à semetipso et à me in subsidium terrae tuae sanctae oblatum non invideo, licet eum dilexerim ex corde. Tu seis, Deus, quod *ipsum te amantem multum amaverim*, quod eius desiderabilem praesentiam, mihi gratissimam, omnibus huius mundi deliciis et gaudiis anteferram, si ipsum mi-

que le inundaba el rostro, y se salió silenciosa del templo, encaminándose á un patinejo de la catedral plantado de yerba, donde se sentó mientras los caballeros turingios que trajeran el cuerpo de su marido recibían el recado de venir á verla en aquel sitio. Levantóse para saludarles en cuanto les vió venir, y les suplicó humildemente se llegaran á tomar asiento junto á ella, porque no se sentía con fuerzas para tenerse en pié. Háblóles entonces con gran dulzura por largo rato, suplicándoles en nombre de Dios y de Jesucristo que tuvieran á bien proteger á sus hijos y tomarlos bajo su tutela, y refiriéndoles los indignos y crueles tratamientos que habían sufrido, así como ella, de parte de los landgraves Enrique y Conrado, y las muchas miserias que con ellos pasara en

hi tua benignitas concessisset. Optaremque omni tempore vitae meae cum eo vivere tali conditione, ut cum eo ipso paupere per totum mundum ostialim pauperula mendicarem, dummodo eius frui contubernio de tuo beneplacito licuisset. Num vero ipsum et me tuae voluntatis dispositioni committo. Nec enim, etiam si possem, etc. (*Theod.*).— Los pasajes que van de cursiva están completados por el manuscrito de la biblioteca Laurentina de Florencia.

Eisenach. El Obispo confirmó cuanto decía Isabel, y departió menudamente con los caballeros sobre los medios de deshacer y reparar los agravios inferidos á la viuda y huérfanos del Soberano difunto. La relación de tales desafueros causó en los peregrinos una viva indignación; apresuráronse á declarar á la ilustre viuda, que ellos continuaban reconociéndola siempre por Soberana y señora, y que tomaban de su cuenta defenderla en todo y contra todos. Estaba á la cabeza de tan ilustres guerreros el noble y leal señor de Varila, hijo de aquel que diez y seis años antes había ido al palacio de los reyes de Hungría en busca de aquella Princesa que hoy se veía vendida y oprimida; y no pudo menos sin duda de recordar el juramento que su padre hiciera al Rey de Hungría de velar por la honra y seguridad de la hija. Él y sus hermanos de armas instaron al Prelado para que les confiara aquella ilustre é infeliz familia, para volverla á la Turingia juntamente con los restos mortales del duque Luis; jurándole todos á una que lograrían recta y cumplida justicia para ella. Bajo esta condición el Prelado, confiando en las promesas y la fama de tan valientes caballe-

ros, fama que la reciente cruzada habia realizado en gran manera, consintió poner bajo su amparo la noble señora de quien se constituian defensores: á lo que parece nada les habló del proyecto que tenia sobre lo de casarla en segundas nupcias. Dió, pues, su permiso y se despidió de la Duquesa, de los niños y de los caballeros turingios, no sin haber celebrado primero una solemne misa de pontifical en sufragio del difunto, á la cual asistió toda la ciudad, y haber pagado generosamente el gasto que durante su permanencia en Bamberg habia hecho la comitiva. Esta se puso en marcha hácia la abadía de Reinhartsbrunn, donde Luis habia querido que le sepultasen <sup>1</sup>.

Habia entre tanto corrido por la Turingia la nueva de la llegada de los restos del amado Soberano, y habíase conmovido profundamente todo el país. No solamente la Duquesa madre y los hermanos del difunto, Enrique y Conrado, se pusieron en movimiento para salir al encuentro de la triste comitiva en Reinhartsbrunn, sino que tambien los condes todos y señores y no-

<sup>1</sup> Salieron de madrugada despues de oír misa de alba. (*Rothe*).

bles del país; pero con mas ansia y prisa que todos el pueblo; aquel pueblo tan amado y tan enérgicamente defendido y protegido por el difunto Príncipe. Una inmensa multitud, compuesta de ricos y pobres, ciudadanos y campesinos, hombres y mujeres, se reunió en la abadía para tributar el postrer obsequio á aquel que poco há vieron partir á buscar la muerte, harto pronto hallada, en honor de Dios bajo un cielo extranjero. Otros motivos contribuian á engrosar aquel extraordinario gentío. El deseo muy natural de volver á ver á los cruzados que habian regresado salvos de los peligros de la expedicion traia á aquel sitio á los parientes ó amigos de los recién llegados; otros venian atraídos por el interés que no en todas partes negaban las gentes á Isabel, como lo hacian los ingratos vecinos de Eisenach; ó por la relacion de su destierro y desventuras, que ya eran conocidas en todo el país; y por último, á muchas almas piadosas y compasivas allá las condujo el ansia de saber cuál iba á ser la suerte de aquella mujer tan jóven y desamparada. Muchos obispos y abades vinieron tambien por honrar al noble campeón de la Iglesia y del Santo Sepulcro.

Aquellos mismos monjes, de quienes vimos como se despidiera el Duque, en medio de presentimientos harto bien realizados y expresándoles el afecto mas tierno por aquella separacion, tenian ahora que cumplir el triste deber de hacerle los últimos sagrados honores que la Iglesia guarda para sus dóciles hijos. Seguidos de muchos sacerdotes seculares y de todo el pueblo, salieron á recibir el cuerpo, cantando salmos y oraciones, muchas veces interrumpidas por el llanto y los sollozos. Las exequias se celebraron en la abadía en presencia de las dos Duquesas y de los dos jóvenes Langraves: ante el féretro de Luis los reunia á todos ellos un dolor comun é igualmente sincero. Duró muchos dias la magnificencia de las ceremonias eclesiásticas en estos funerales, viniendo á darles como una nueva pompa, y la mas bella de todas, el dolor y las lágrimas del pueblo: ofertas ricas á la Iglesia <sup>1</sup>, y abundantes limosnas repartidas á los pobres, completaron los homenajes tributados á la memoria del que tanto habia amado á los pobres y tanto res-

<sup>1</sup> El landgrave Enrique dió á los monjes en pago de estos funerales diez yugadas de tierra en Luthersborn. (*Justi*, Vorzeit de 1823).

peto habia tenido á la Iglesia. Sus huesos, encerrados en una urna, fueron colocados en un sepulcro de piedra y dispuestos de forma que pudieran en la sucesivo exponerse á la vista de los fieles. Multitud de peregrinos los visitaron: el amor del pueblo y la gratitud de los monjes le valieron el sobrenombre de Luis *el Santo*, con el cual le conoce tambien la historia, y que justificaban muchas milagrosas curaciones operadas por su invocacion en aquel sepulcro <sup>1</sup>. Resultó de aquí, que por espacio de cerca de tres siglos fue objeto de un culto popular, que sin embargo no llegó á recibir la sancion de la autoridad eclesiástica. Empero en 1525 los paisanos, amotinados de resultas de las doctrinas de los reformistas protestantes, saquearon la abadía de Reynhartsbrunn, profanaron todos los sepulcros y en particular el del duque Luis, cuyos huesos, sacados de la urna, les sirvieron de diversion tirándose los unos á

<sup>1</sup> En la vida manuscrita de este Príncipe por su capellan Bertoldo, que está en la biblioteca de Gotha, hay una larga lista de milagros que la tradicion le atribuia, siendo los últimos de fecha del siglo XV. Tambien contiene himnos y oraciones escritas en honor suyo.

otros á la cabeza. Hoy el viajero católico puede todavía contemplar la piedra rota de su sepulcro pegada á una iglesia que ya no es católica. Al contemplar este postrer monumento de tan noble memoria, no es posible negar un recuerdo de emocion y admiracion á un personaje que si no ha sido contado por la Iglesia entre los Santos, fue á lo menos el digno esposo de una Santa.

## CAPÍTULO XXII.

*Que los caballeros de Turingia obligaron al duque Enrique á arrepentirse de su traicion, y á hacer justicia á la amada santa Isabel.*

Aperi os tuum muto, et causis omnium filiorum qui pertranseunt: aperi os tuum, decerne quod iustum est, et iudica inopem et pauperem.

(Prov. xxxi, 8, 9).

Concluidas todas las ceremonias de los funerales, llamó el señor de Varila á los caballeros cruzados, que rodeaban á Isabel, á fin de recordarles el compromiso que respecto de ella tenian contraido con el

Obispo de Bamberg. Retirándose á un lado todos, dijo el caballero Rodolfo: «Aho-  
«ra lo que importa es cumplir lo que tene-  
«mos jurado al Principe y á nuestra sobe-  
«rana Isabel, que tantos trabajos ha sufri-  
«do ya; pues de otro modo, temo yo que  
«nos cueste el fuego eterno del infierno.»  
Todos comprendieron este lenguaje; por-  
que en aquellos tiempos los guerreros mas  
esforzados y valientes no tenian á mengua  
conducirse en el cumplimiento de sus de-  
beres de esta vida mortal por el pensamien-  
to de la otra vida. Determinaron, pues, de  
comun acuerdo dirigir sobre la marcha al  
duque Enrique y su hermano una amones-  
tacion vigorosa y enérgica, encargando es-  
pecialmente una mision tan dificil á cuatro  
caballeros, cuyos nombres, dice el histo-  
riador, merecen conservarse con una glo-  
ria imperecedera. Era el primero el gran  
copero, señor de Varila, encargado de lle-  
var la palabra á nombre de los demás, ya  
como el mas elocuente, ya como el mas in-  
timamente relacionado con la Duquesa por  
sus antecedentes; á éste seguian Ludolfo  
de Berstetten, Hartwig de Herba y Gualte-  
ro de Varila, pariente de Rodolfo<sup>1</sup>. Prece-

<sup>1</sup> Mr. Stædtler cree que este Gualtero era el